



DAUDET

LA LUCHA
POR LA
EXISTENCIA

PQ2216
.L8
S6



1020026221



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

LA LUCHA POR LA EXISTENCIA

DRAMA

Estrenado en Paris con extraordinario éxito en el «Gimnasio-Dramático»
el 30 de Octubre de 1889.

Núm. Clas. 842.8

Núm. Autor D238.1

Núm. Adg. 29896

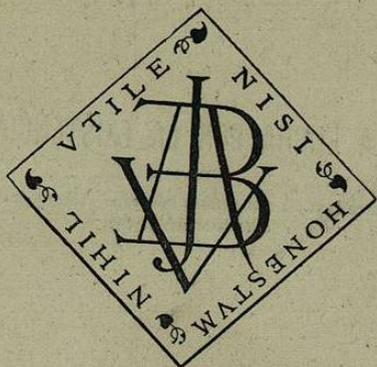
Procedencia -8-

Precio _____

Fecha _____

Clasificó 69

Catálogo _____



COLECCIÓN JUBERA

ALFONSO DAUDET

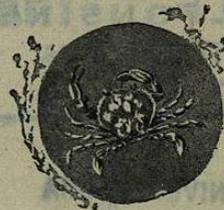
LA LUCHA POR LA EXISTENCIA

DRAMA

EN CINCO ACTOS Y SEIS CUADROS

TRADUCCIÓN DE H. GINER

Dibujos de P. Carcedo. Heliotipias de Laurent.
Fotograbados y cromotipia de Laporta.



MADRID

SÁENZ DE JUBERA, HERMANOS, EDITORES

10, Campomanes, 10.

1890

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

098508

29396

843
D.

PQ. 2210
L8
S6



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

E. RUBIÑOS. IMPRESOR.

PERSONAJES

VAILLANT, administrador de Correos, sesenta años.
PABLO ASTIER, diputado, treinta años.
CHEMINEAU, pasante de abogado, treinta y dos años.
EL CONDE ADRIANI, Guardia noble, veintiocho años.
ANTONINO CAUSSADE, jefe de laboratorio, veinticinco años.
LORTIGUE, secretario de Pablo Astier, veintitrés años.
HEURTEBIZE, portero mayor del castillo de Mousseaux.
EL NOTARIO.
EL DUQUE DE BRÉTIGNY, de la Academia Francesa, setenta años.
STENNE, criado de Pablo.
SOLDADO primero, del 12.º de cazadores.
SOLDADO segundo, del id. id.
EL MANDADERO.
MARÍA ANTONIA, antes duquesa Padovani, en la actualidad señora de Pablo Astier, cincuenta años.
LA GENERALA, cuarenta años.
ESTHER DE SÉLÉNY, veinte años.
LIDIA, hija de Vaillant, veinte años.
LA MARQUESA DE ROCANERE, veinticinco años.
LA CONDESA DE FÓDER.

SERVIDUMBRE DE LIBREA, LACAYOS, JARDINEROS

La escena en París y en el castillo de Mousseaux
(departamento de Loir-et-Cher.)



PRÓLOGO

«Ciertamente no discuto yo al gran
»Darwin, sino á los hipócritas bandidos
»que lo invocan; á aquellos que de una
»observación, de la afirmación de un sa-
»bio, quieren formar el artículo de un Có-
»digo y aplicarlo sistemáticamente. ¡Ah!
»A vosotros os parecen grandes, admira-
»bles esas gentes. Y yo os digo que no
»lo son... No hay nada grande donde no
»hay bondad, ni piedad, ni solidaridad
»humana. Yo os digo que esas teorías de
»Darwin, llevadas á la práctica, son ín-
»fames, porque tienden á buscar al bruto

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

»en el fondo del hombre, y porque, como dice Herscher, despiertan lo que queda á cuatro patas en el cuadrúpedo puesto de pie.»

Estas palabras, que pronuncia uno de mis personajes, resumen el alto pensamiento de mi obra y su vasto título, demasiado vasto si se le toma al pie de la letra: *La lucha por la existencia*.

Ciertamente no he tenido yo la pretensión de relatar en una velada, ni en un libro, ni siquiera en una serie de libros, esa batalla de la vida de la cual no vemos nunca más que un rincón, el nuestro, como le sucede al soldado perdido en esas grandes masas de hombres mezclados que han descrito Stendhal y Tolstói, sobre las cuales se cernerá siempre el mismo misterioso destino, oscuro y embozado, á pesar del reciente invento de las pólvoras sin humo. No: no he querido más que poner en escena algunas muestras de esa nueva raza de genticillas feroces á quienes la fórmula darwiniana de *la lucha por la existencia* sirve de pretexto y excusa para todo género de villanías y de infamias.

Ese tipo no existía en nuestro país antes de la guerra.

«Francia es sentimental, y debe convertirse en científica,» decía á menudo Gambetta; y recuerdo cuánto participaba yo entonces de sus ideas y con cuánto ardimiento eran adoptadas en torno suyo las brutales fórmulas sajonas de: «El fuerte se come al débil... la supremacía del más apto,» etc. De pronto sobrevino el crimen de Lebiez y Barré, el asesinato científico basado en las teorías darwinianas, con las cuales pretendían escudarse aquellos dos bandidos, especialmente Lebiez, que era el pensamiento del otro, el cerebro común á los dos; Lebiez, el cual, después de cometido el crimen, tuvo el terrible aplomo de dar una conferencia en el barrio de las Escuelas acerca de la lucha por la vida, y de repetirla, en parte, ante el juez de instrucción.

Entonces se me presentó con claridad el peligro de la idea mal comprendida; la posibilidad de que miserables ó ignorantes llevasen á la práctica doctrinas desviadas de su verdadero sentido; el atroz egoísmo humano, decretado como una ley nueva, y todas las saciedades de las malas pasiones, todos los crímenes legitimados en nombre de una teoría na-

tural formulada por un gran pensador en el aislamiento y en la abstracción de su gabinete. Al mismo tiempo, con aquel Lebiez, bestia pedante y malvada, de quien oía yo decir á sus compañeros con la mayor seriedad: «Es un tipo magnífico... un muchacho muy listo,» se me reveló la modernísima fisonomía del luchador por la existencia ó *struggle for lifeur*, como lo he denominado por complacer á los parisienses á quienes lo que más agrada en el mundo es usar palabras extranjeras, y los cuales contaban ya con el *high-lifeur* en su repertorio.

La silueta de aquel bribón pedagogo y científico me interesaba de tal manera, la sentía yo tan verdadera, tan contemporánea, que comencé á escribir un libro, mitad novela, mitad historia, titulado: *Lebiez y Barré.—Dos jóvenes franceses de estos tiempos*. Trabajaba en ese libro hacía ya algunos meses, cuando fué publicada en Francia la traducción del admirable *Crimen y castigo*, de Dostoiewski, el cual resultaba ser exactamente (y hecho por un hombre de genio) el libro que yo quería escribir.

El estudiante ruso Rodion personificaba al estudiante Lebiez: sus soliloquios

filosofando sobre el asesinato de la pobre vieja, eran los diálogos que yo imaginaba entre Lebiez y Barré, por la noche, en las tiendas de bebidas de la calle Racine. Aquel artículo de revista escrito por Rodion bajo el epígrafe: *El derecho á matar*, era la conferencia de Lebiez en el barrio Latino. Tuve que renunciar á mi libro; pero el *struggle for lifeur*, que continuaba persiguiéndome, reprodujo en torno mio una multitud de ejemplares, aumentándose cada día más, multiplicándose en la sociedad, en los medios políticos, artísticos y sociales, de tal suerte, que una mañana ese vividor de Pablo Astier, amalgama de varios jóvenes aventureros que yo conozco, surgió ante mi mesa de escritor, correcto, siniestro y perfectamente formado, ta como lo he mostrado en *El Académico* y en *LA LUCHA POR LA EXISTENCIA*.

Dudo mucho que ése haya leído á Darwin; hasta estoy seguro de lo contrario: pero lo poco que de él sabe, lo cual trae con gusto á colación en el Casino, en la Cámara, en los baños, en las salas de armas, en todas partes donde se está entre hombres, porque delante de las mujeres el muchacho habla de otro modo

muy diferente; las pocas fórmulas darwinistas que ha cogido al vuelo, le bastan para explicarse científicamente á sus propios ojos, y hasta á los ojos de las demás gentes, su existencia criminal de ambicioso sin entrañas, de espadachín y de vividor. «¡Es una canallada, pero á mí me importa poco! Lucho por la vida.»

Observad que Lebiez trabajaba en nombre del mismo principio; entre los dos *struggle for lifeurs* que tienen la misma alma infame y llena de perversidad, la diferencia única consiste en el decorado y en el traje. Es puramente una cuestión de ropa blanca. He procurado dar esa sensación al público, y he querido que cuando Pablo Astier relata el suicidio de Lidia Vaillant, su víctima tenga los brazos desnudos, la camisa desabrochada, los puños remangados; he querido que el *struggle for lifeur* apareciera en su cínica brutalidad, y no disfrazado con la corbata blanca y el frac. De ahí ese cuadro del cuarto-tocador, en el cual algunos espíritus poco elevados no han creído ver más que una escena de descuido naturalista.

Ciertamente que hay la menor analogía posible entre él, hombre de mundo,

hombre de Estado, hijo y nieto de académicos, y aquel miserable á quien el bribón elegante ni siquiera concibe: darwinista, sí, pero de otra catadura, y defendido por su ambición, por su afán de poder, preservativos tan eficaces como la mejor conciencia de hombre honrado. No temáis, pues, que le ocurra nada al joven Astier. Por mucho afán que tenga por desembarazarse de su caparazón, no hay peligro de que ceda á la tentación criminal. ¡Es demasiado avisado, demasiado hábil! Y de pronto, he ahí una cosa más fuerte que él—luego hay algo por encima del hombre más fuerte—que surge y pone en sus manos un arma segura y efficacísima. Confieso que eso es lo que más me gusta de mi drama: ese frasquito colocado encima del tocador como por una misteriosa voluntad, para tentar, enloquecer al *struggle for lifeur* y llevarlo hasta el borde del crimen...

¿Por qué no va hasta el fondo?

Dos motivos hay para ello. El primero es que el mundo, en definitiva, tiene ciertos hábitos de corrección y de elegancia que le sirven de freno, á pesar de todo. «La corbata blanca es casi moral,» como dice Chemineau. Y la otra

razón es que Pablo Astier pertenece á una generación de *un montón*, en el cual, sin creer en absoluto en las instituciones tradicionales, se tiene todavía cierto vago instinto de la ley, del guardia civil. Tal vez yo me equivoque, pero me parece que ese contingente de hombres de treinta á cuarenta años, poco determinado, así para el mal como para el bien, raza de Hamlets atormentados é investigadores, no ha llegado todavía al *nihil* absoluto, y trabaja para ese otro contingente deslustrado de todo respeto y de toda moral.

Por lo demás, no dudéis que si á Pablo Astier le faltó audacia la primera vez, ni la mano ni el corazón le faltarán para el segundo golpe. La pobre María Antonia está tan segura de ello, que—emocionada aún por la lectura de Herscher, aquella espantable historia de crimen y de cadalso—rebose bruscamente en el corazón la piedad maternal que existe siempre en el fondo de todo cariño de mujer; y para evitar que el miserable tenga otra tentación, que sería irresistible esta vez, para evitarle la vergüenza y el horror del suplicio, consiente en el divorcio, que la ultraja en todas sus con-

vicciones, y con el cual había jurado no transigir jamás.

Algunos habrían querido que el drama se detuviera ahí, y, que, más conforme con las leyes ordinarias de la vida, hubiese yo dejado á Pablo Astier triunfante, libre de su vieja esposa, comerse tranquilamente los millones de la austriaca. Pues bien; yo tengo una visión enteramente distinta de la existencia.

Creo en absoluto en la fórmula de que *todo se paga*; he visto siempre al hombre cobrar el precio de su trabajo, bueno ó malo, y no en la otra vida, la cual no conozco yo, sino en ésta, en la nuestra, tarde ó temprano.

Ahora confieso también que mi odio á los malvados es tal, que quizás haya puesto demasiado refinamiento en la ejecución de mi Pablo Astier.

Lo he cogido en plena felicidad, cuando era tan dichoso que estaba á punto de volverse casi bueno, con una brizna de naranjo entre los labios y en los ojos el brillante reflejo de su hermosa húngara; y en ese momento preciso, escogido, he hecho que Vaillant le aplique la ley darwiniana de que el más fuerte se come al más débil: «Tengo armas; tú no, y te su-

primo, bandido.» ... ¡Oh buen tío Vaillant!... Ese, sin embargo, no es un *struggle for life*; procede de un barco viejo, muy viejo, en el cual se tenían por pasadas de moda una porción de cosas; y una vez dado el golpe, una vez muerta la fiera, aquel gesto suyo volviéndose hacia el cielo, mientras repite, como un eco, el glacial *adjudicado* de la subasta, muestra bien claramente de cuál adjudicación suprema y vengativa se figura ser instrumento. «¡Bravo, d'Ennery!» murmuró en un rincón el joven y vivaracho «Tupé de Nimes.» En el fondo, yo participo algo de su opinión; pero ¿qué queréis? tengo de tal suerte metido en la sangre ese odio de la bestia inmunda, que habría sido capaz de disparar yo mismo contra ella.

Réstame dar las gracias desde el fondo de mi corazón al director del Gimnasio y á los actores intérpretes de LA LUCHA POR LA EXISTENCIA; porque no se me oculta que con una interpretación como las corrientes y con un cuadro menos perfecto, mi obra no hubiera tenido la acogida del público que éste le dispensó. Es larga, recargada de pormenores, exige que se fije en ella la atención, de la

cual son muy avaros los parisienses, y á veces hace reflexionar, cosa que no es del agrado de todo el mundo. «Un pensamiento! ¡Oh! ¡ahí es nada!» Gracias á Víctor Koning y á sus excelentes artistas, he triunfado cuando podía temer un fracaso; es para mi una felicidad expresarles mi gratitud públicamente.

Temía yo, sobre todo, que la crítica hiciese pagar á LA LUCHA POR LA EXISTENCIA su próximo parentesco con *El Académico*, del cual mi drama es en cierto modo la prolongación y la consecuencia. No ha sucedido nada de eso. La prensa me ha demostrado mucha benevolencia, ó por lo menos imparcialidad. En una ó dos críticas extrañas, se me ha figurado oír rugir sordos odios de académicos, y á la verdad que me asombro de ello; porque en mi drama no hay ni una sola palabra antiacadémica. Y, además, ¿de qué era culpable, en definitiva, ese *Académico* tan maldecido? ¿De haber hablado irrespetuosamente de la Academia Francesa? Pero ¿queréis decirme qué se respeta ya en estos tiempos que corren? ¿Acaso no ha habido académicos, y de los más famosos por cierto, que han maltratado á personajes muy honorables, ó que por

tal pasaban? ¿No ha arremetido Taine, de la Academia Francesa, contra Napoleón, el más alto señor de este siglo, en el cual se cuentan hombres de la talla de Bismarck? ¿Os parece que Renan, académico también, ha sido muy reverente para con Jesucristo, de cuya biografía, hecha por él, se han tirado más de trescientos mil ejemplares?

Y yo, por algunas familiaridades que me he tomado con esa respetable institución; por haberme permitido decir que sus favores no estorban, pero tampoco prueban nada; que los hombres de valía se pasaban muy bien sin su estampilla; por mi audacia al levantar el velo que oculta las picardihuelas de esa gente que tiene intrigas especiales, las corrientes múltiples y contrarias que soplan por aquellos fríos corredores, las caídas en aquellas tortuosas escaleras, los chichones que los más orgullosos se han hecho en la frente al encorvarse al nivel de aquellas puertas bajas; por haber compadecido las amarguras de los candidatos que atrae la Academia, y que arrastra á remolque suyo; por haber señalada, en fin, á la juventud artística el lazo que tienden á todas sus altiveces, á to-

das sus independencias... ¡de cuántos insultos, de cuánta cólera, de cuántas injurias he sido objeto!

Hasta esa larga requisitoria de monsieur Quesnay de Beaurepaire, el cual, para hacer mejor la corte á la Academia, subrayaba los párrafos que citaba de mi libro por medio de puntos de indignación y pudibundez, figurando con ellos las suciedades que no podía citar, y á las cuales atribuía el éxito escandaloso de la obra...

Pero... ¿á qué buscar tanto? Todo eso está ya muy lejos, puesto que se trata de una novela del año pasado, y ya se me olvidaba que de lo que se trata ahora, lo que figura en los carteles, es LA LUCHA POR LA EXISTENCIA, y no *El Académico*.

